

EDUARDO LUCENA



En el centenario de su muerte
1893-1993

REAL CENTRO FILARMONICO DE CORDOBA
«Eduardo Lucena»

EDUARDO LUCENA

En el centenario de su muerte
(1893-1993)



AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Departamento de Cultura y Educación

COMITE
DE
HONOR

PRESIDENTE

Don Herminio Trigo Aguilar
Alcalde de Córdoba

MIEMBROS

Don Angel Aroca Lara
Director de la Real Academia de Córdoba

Don Rafael Campanero Guzmán
Portavoz del Grupo Popular del Ayuntamiento
de Córdoba

Don Alfonso Castilla Rojas
Presidente de la Caja Provincial de Ahorros
de Córdoba

Don Miguel Castillejo Gorraiz
Presidente del Monte de Piedad y Caja de Ahorros
de Córdoba

Don Manuel Fernández Fernández
Presidente de la Asociación de la Prensa de Córdoba

Don Francisco Solano García Chaparro
Diputado Provincial y Presidente del Área de Cultura
de la Dputación de Córdoba

Don Manuel Gracia Navarro
Portavoz del Grupo Socialista del Ayuntamiento
de Córdoba

Don Juan Carlos Hens Muñoz
Presidente de la Fundación Pública Municipal
Gran Teatro y Teniente de Alcalde de Cultura
del Ayuntamiento de Córdoba

Don Amador Jover Moyano
Rector de la Universidad de Córdoba

Don Gregorio López Martínez
Gobernador Civil de Córdoba

Doña María Soledad Nieto García
Directora del Conservatorio Superior de Música
de Córdoba

Don Rafael Ortega Cruz
Delegado de Gobernación de la Junta de Andalucía

Don Manuel Pérez Pérez
Portavoz del Grupo de IUCA del Ayuntamiento
de Córdoba

Don Diego Ruiz Alcubilla
Delegado de Cultura de la Junta de Andalucía

Don Miguel Salcedo Hierro
Cronista Oficial de la Ciudad de Córdoba

Don José Valdivia Poyato
Delegado de Educación de la Junta de Andalucía

Don Rafael Vallejo Rodríguez
Presidente de la Diputación Provincial de Córdoba

PROMUEVE Y ORGANIZA

JUNTA DIRECTIVA DEL REAL CENTRO FILARMONICO «Eduardo Lucena»

COORDINADOR GENERAL

Juan Miguel Moreno Calderón

PRESENTACION

El próximo día dos de marzo se cumple el centenario de la muerte del insigne compositor y violinista cordobés Eduardo Lucena, fundador de este Real Centro Filarmónico que lleva su nombre.

Ante tal efemérides, la centenaria institución nacida al calor popular no puede dejar de testimoniar el inmenso valor que supone ser la destinataria de la obra del conocido músico, la cual constituye uno de los grandes tesoros culturales que alberga esta ciudad impercedera.

Por ello, todos los cordobeses que nos preciamos de serlo hemos de ver esta fecha como un hito singular, pues la profunda huella dejada por este hombre, bohemio impenitente y uno de los últimos románticos de nuestra tierra, nos obliga de modo necesario. Han pasado más de cien años desde que en 1878 creara aquella estudiantina que tan popular llegó a ser a finales de siglo y de la que surgió el Centro Filarmónico. Seguramente, él no imaginó nunca que lo que de verdad había engendrado era algo que con los años, las décadas, se iría convirtiendo en un auténtico símbolo de Córdoba. Y que gracias a los ilustres compositores que le siguieron tras su muerte, y al constante afán de superación de generaciones y generaciones de amantes de lo cordobés, llega hoy hasta nosotros fiel a su tradición, y como ejemplo de una historia viva y apasionada del sentir nuestro.

Ahora, desde la perspectiva que nos dan esos cien años, cuando ni los hombres de su tiempo, ni las circunstancias que le rodearon y los principios que rigieron y condicionaron su vida quedan vigentes entre nosotros, desde esa distancia, digo, es como podemos apreciar la autenticidad y el valor de su obra, sentidamente popular. Y podemos también comprobar con asombro y admiración al propio tiempo, cómo esa obra, urgida desde unos parámetros y unos dinteles ya superados, sigue impoluta y presente entre nosotros; cómo en medio de un positivismo literario, científico, filosófico y hasta religioso, derribada y sumergida una gran parte de la escala de valores que entonces regia, este romántico desfasado anda y se mantiene entre nosotros con la mayor naturalidad del mundo. Algo que resulta fascinante porque hoy, que se vislumbran movimientos ideológicos buscando con avidez lugares donde anclar valores de lo tradicional, de las íntimas esencias de nuestro ser, esa música retorna fresca y jugosa, no se sabe precisar si como un eco de esas viejas piedras que sostienen las casonas y recorran las callejas de nuestra Córdoba universal, o acaso sosteniéndolas en sus vibraciones armónicas.

Pero no me corresponde a mí, como presidente de la institución por él fundada, profundizar en estos u otros conceptos; en todo caso, si el conjugar en esta fecha singular el testimonio, la opinión, de diversas plumas señeras de la ciudad que, desde distintos ángulos,

JUAN M. MORENO BLANCO

*Presidente del Real Centro
Filarmónico de Córdoba
«Eduardo Lucena»*

puedan decirnos muchas cosas acerca de su vida y de su obra, y de la significación que éstas han podido tener en nuestra ciudad y en la música. Por ello, hemos requerido, además de las obligadas y queridas presencias del alcalde y del cronista de la ciudad, a un familiar del compositor Francisco Amores, músico también; un intérprete lírico, Pedro Lavirgen, tenor universal; un periodista conocedor de Córdoba y sus gentes, Francisco Solano Márquez, también brillante escritor; un crítico musical, que en la persona del académico Francisco de Sales Melguizo adquiere aún más peso al ser gran conocedor de la entidad que fundara Lucena, de la que fue presidente; el miembro decano del propio Centro Filarmónico, Ricardo Moyano, quien es parte fundamental de éste desde hace casi sesenta años; un historiador, el profesor Palacios Bañuelos, catedrático de la universidad cordobesa y autor del libro de próxima aparición «El Real Centro Filarmónico Eduardo Lucena, de Córdoba», y un compositor, Joaquín Reyes, que, además de eso, ocupó durante muchos años la cátedra de Armonía del Conservatorio Superior de Música, del que fue también su director. A todos ellos, nuestro agradecimiento más sincero.

Pero esta fecha no puede conmemorarse sólo con una serie de artículos para el recuerdo. Esos testimonios han de vestirse con actos y gestos a modo de homenaje, con mayúsculas, de todo el pueblo de Córdoba. De ahí, este relevante comité de honor —a cuyas personas integrantes del mismo agradecemos entusiastamente su apoyo— que, presidido por el alcalde de la ciudad, encabeza los actos programados para este evento. Y un comité que con su presencia dé muestra del homenaje de esta ciudad; la misma que, representada por su Ayuntamiento Pleno, concedió en 1987 su Medalla de Oro y el Título de Hijo Predilecto a esta fundación perenne del gran músico que fue Don Eduardo Lucena y Vallejo.

ACTO CONMEMORATIVO OFICIAL. CONCIERTO EXTRAORDINARIO

27 de febrero, 21 horas
Gran Teatro

OFRENDA FLORAL ANTE SU TUMBA

2 de marzo, 12 horas
Cementerio Municipal de «San Rafael»

MISA SOLEMNE EN SU MEMORIA

1 de marzo, 21 horas
Parroquia de San Francisco

PRESENTACION DEL DISCO «100 AÑOS CANTANDO A CORDOBA» ()*

4 de marzo, 20 horas
Salón de Actos de la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba

PASACALLE Y HOMENAJE EN EL MONUMENTO

7 de marzo, 13 horas
Desde el Conservatorio hasta la Plaza de Ramón y Cajal

PRESENTACION DEL LIBRO «EL CENTRO FILARMONICO EDUARDO LUCENA, DE CORDOBA» ()*

Fecha y lugar de presentación aún por determinar

CICLO DE CONCIERTOS «DE LA SIERRA A LA CAMPIÑA. 100 AÑOS CANTANDO A CORDOBA» ()*

Durante los meses de marzo, abril, mayo y junio
En diversas localidades de la provincia

(*) Patrocinado por la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba.

ACTO
CONMEMORATIVO
OFICIAL

PRIMERA PARTE

ACTO CONMEMORATIVO

- Semblanza de Eduardo Lucena, a cargo del Cronista Oficial de la Ciudad de Córdoba, Ilmo. Sr. Don Miguel Salcedo Hierro.
- Intervención del Alcalde de Córdoba, Excmo. Sr. Don Herminio Trigo Aguilar.

SEGUNDA PARTE

CONCIERTO EXTRAORDINARIO: PROGRAMA

- CARNAVAL DEL 86 (pasacalle)..... EDUARDO LUCENA
- DANZA PARA CORO Y ORQUESTA..... EDUARDO LUCENA
- LA APARECIDA (jota del 83)..... EDUARDO LUCENA
- PAVANA..... EDUARDO LUCENA
- LAS MARIPOSAS (jota)..... EDUARDO LUCENA
- SINFONIA..... EDUARDO LUCENA
- A MALAGA (jota)..... EDUARDO LUCENA
- CRUZANDO EL LAGO (barcarola)..... EDUARDO LUCENA

REAL CENTRO FILARMONICO DE CORDOBA

«EDUARDO LUCENA»

Director: JESUS CEA SAMANIEGO



EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE LUCENA

La figura de Don Eduardo Lucena y Vallejo (1849-1893), músico cordobés, compositor, violinista y profesor de la Escuela Provincial de Bellas Artes, es una de las más destacadas en la segunda mitad del siglo XIX en Córdoba.

Al conmemorar el centenario de su muerte, yo quisiera destacar de su obra, el más firme legado que nos ha transmitido: la creación en 1876 del Centro Filarmónico.

En sus orígenes, el Centro Filarmónico, surge como una sociedad obrera. En palabras del Cronista Rey Díaz «con la intención de que los obreros cordobeses de varias generaciones se hagan cultos y profesen en el Divino Arte».

Este afán de extender y divulgar el patrimonio musical entre los trabajadores, la gente sencilla del pueblo cordobés, llega hasta nuestros días, un siglo más tarde, gracias a este insigne cordobés y a quienes con tesón y amor al arte, componen hoy esta agrupación musical cordobesa.

Son muchos los méritos musicales conseguidos con éxito por el Real Centro Filarmónico, pero entre ellos, estoy seguro que hay uno que compartimos todos los cordobeses con emoción: la concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad de Córdoba y el Título de Hijo Predilecto, que concediera el Ayuntamiento Pleno en febrero de 1987. Tuve el honor, en mi calidad de Alcalde, de hacer entrega del nombramiento, en un sencillo y solemne acto en la recién estrenada Casa Consistorial.

Ahora, al cumplirse los cien años de la muerte del gran músico, el Centro Filarmónico que él fundara, le rinde merecido homenaje a su memoria. Pienso, que este homenaje no puede consistir en otra cosa, que en mantener la fidelidad a sus orígenes. Es decir, cantando la música cordobesa de Eduardo Lucena y sus continuadores, como Martínez-Rücker o Ramón Medina, llevando nuestro rico patrimonio musical y con ello, el nombre de Córdoba, por otros pueblos y países, y cómo no, alegrando las noches de primavera cordobesa con sus inolvidables serenatas en la ciudad.

Los cordobeses llevaremos siempre en lo más hondo de nuestros corazones, los estribillos de la «Célebre Pavana» y tantas otras composiciones en recuerdo del inolvidable maestro Don Eduardo Lucena.

EL MONUMENTO A LUCENA

Tuvo Eduardo Lucena una hija que, andando el tiempo, fijó su residencia en el pueblo cordobés de Doña Mencía. Dicha señora, en los albores del año 1925, redactó de su puño y letra una carta dirigida al director del diario «El Defensor de Córdoba», que éste se apresuró a publicar en su periódico. Así decía:

-Sr. Director de «El Defensor de Córdoba». Muy Sr. mío: Por la prensa diaria de esta capital ha llegado a mi conocimiento el acuerdo del «Real Centro Filarmónico Eduardo Lucena» de erigir un monumento que perpetúe la memoria del que fue su fundador, mi inolvidable y querido padre, así como el haber quedado constituida definitivamente la comisión encargada de llevar a la práctica dicha idea.

Profundamente emocionada al saber que almas nobles y delicados sentimientos, no solamente conservan el recuerdo de mi buen padre, sino que se ocupan, con interés, en dedicarle un homenaje a su memoria, no puedo dejar de testimoniarles públicamente mi gratitud, muy especialmente al iniciador de la idea don Antonio Jaén Morente.

Ruego a Vd., por tanto, tenga la bondad de publicar estas líneas en ese diario, que con tanto acierto dirige, por lo que le quedaré muy reconocida s.s.s.q.e.s.m.

Enriqueta Lucena de Amores
Doña Mencía, a 11 de febrero de 1925-

La expuesta carta se publicó en «El Defensor de Córdoba» al día siguiente; es decir, el 12 de febrero de dicho año.

Ateniéndonos a las fechas documentadas hemos de reconocer que aquel asunto se inició de forma entusiasta y eficiente, ya que la Comisión organizadora del Monumento se había reunido el 9 de febrero, o sea dos días antes de la fecha de la carta, en el salón principal del Círculo de Labradores. Allí estudiaron y discutieron el emplazamiento del monumento que se había de esculpir, y por último, basándose en que el gran músico cordobés había nacido en el barrio de San Pedro, acordaron proponer al Ayuntamiento que la estatua conmemorativa de Eduardo Lucena se erigiera en la misma plaza de San Pedro, ante la sacristía de su iglesia.

En la misma reunión la comisión tuvo conocimiento y dio su aprobación al proyecto presentado por el artista Enrique Moreno, que fue quien la realizó. Este malogrado escultor nunca consiguió ver su obra instalada, pues a los treinta y seis años de edad, y con un futuro muy prometedor, fue fusilado en Córdoba durante la guerra civil, en los últimos días de 1936.

Pero aquel año de 1925 nadie podía pensar en tragedias ni horrores, y menos aquella entusiasta Comisión que, en la reunión ya dicha, también acordó dirigirse a todas las entidades musicales de la provincia y a los centros filarmónicos, invitando a que contribuyeran a la suscripción general que se abría, a fin de que la erección del monumento de Eduardo Lucena tuviera un marcado carácter popular. Porque el pueblo se sentía absolutamente identificado con el gran músico cordobés y quería ser protagonista de su enaltecimiento.

En la Córdoba de aquellos días existían siete entidades bancarias: el Banco de España —naturalmente—, que estaba en la calle Osario, n.º 13; los de Bilbao (Concepción, 20); Central (Gran Capitán, 12); Español de Crédito (Claudio Marcelo, 23) e Hispano Americano (Sevilla, 4), y los banqueros Carbonell y Cía. (Ángel de Saavedra, 13) y Pedro López e Hijos (calle Pedro López, 14 - antigua Carreteras).

Si expongo los nombres de bancos y banqueros es porque me resulta curioso que la suscripción al Monumento no abriera cuenta en ninguno. Por supuesto que, en aquellas fechas, las casas bancarias tenían un ámbito de trabajo que rara vez se salía del mundo comercial; pero quizás no esté de más tener en cuenta el espíritu popular que animaba aquella suscripción, y el pueblo deseaba que los fondos se recaudaran por él mismo.

Así pues, la suscripción quedó abierta en los siguientes lugares: Centro Filarmónico «Eduardo Lucena»; sombrerería de don Luis Pérez (calle Conde de Cárdenas n.º 6); domicilio del tesorero de la Comisión, don Manuel Salcines (Alfonso XIII, 2 y 4); Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario; Círculos Mercantil, Labradores y Conservador; Camisería Fabra (calle Gondomar); Sociedad de Gasistas y Electricistas (Plazuela de la Almagra); Centro Obrero (Santa Marta); Sociedad de Plateros (calle de San Francisco y Plazuela de Séneca); Sociedad Lírica Cordobesa (calle Gutiérrez de los Ríos); Sociedad Filarmónica «Rubio» (en Agustín Moreno) y Casa Social Católica (San Pablo n.º 34).

El éxito fue rotundo. Se cubrió plenamente el objetivo. Pudo costearse el monumento.

Pero la instalación se quedó en el aire. Las circunstancias gravísimas por las que atravesó España también incidieron en la plasmación de la idea, y la estatua hecha con tanto amor fue almacenada en espera de tiempos mejores, en la Atarazana Municipal, donde estuvo más de medio siglo.

En 1981, concretamente en septiembre, se rescató con todos los honores, y ante un gentío abrumador, —el gesto popular que la Comisión quería— el alcalde de la ciudad,



*Componentes
del Centro Filarmonico,
a principios de siglo.*

Julio Anguita, en nombre de Córdoba, declaró la incorporación oficial del monumento a nuestras calles.

Tengo que decir que al pedestal y la estatua les falta una figura complementaria que sí estaba en la maqueta del artista: una bellísima figura de mujer, desnuda, realizada en mármol blanco, peinada con el pelo recogido y el moño de aldabón de la época.

No se ha cumplido el primer propósito de la Comisión: que el monumento se enclavara en la plaza de San Pedro; pero ello no importa mucho, porque en el sitio central de la plaza Ramón y Cajal —que es donde está— tiene acentos históricos y sentimentales mucho más significativos. Porque allí, Eduardo Lucena, una madrugada, improvisó en su violín una melodía que llegaría a ser alma y símbolo de Córdoba. Era la «Célebre pavana».

MI BISABUELO, EL MAESTRO LUCENA

Me pide el amigo Juan Miguel Moreno Blanco que, en mi calidad de biznieto de Eduardo Lucena, haga una aportación a esta revista que se edita con motivo del centenario de la muerte del maestro.

Ciertamente, ni esto de escribir es mi fuerte ni mis aptitudes literarias son suficientes ni tan siquiera para asomarme a las páginas de una revista que, en principio, creo debe estar copiosamente inundada de buenas plumas. Pero, tratándose del motivo por el que me invitan a hacerlo, no podía negarme.

Se me pide que hable sobre su personalidad humana como familiar, y también sobre su música. En realidad, tanto en un sentido como en otro, no creo estar suficientemente documentado.

En cuanto a lo primero, poco puedo decir; ni mi padre, el más joven de sus nietos, ni sus hermanos llegaron a conocerlo: todos nacieron después de su muerte. Solamente mi abuela, su única hija, me contaba algunas cosas de su padre; anécdotas sueltas, casi siempre relacionadas con su actividad musical, que vagamente recuerdo.

Era yo muy joven cuando ella murió, hace ya más de cuarenta años, como también lo era ella cuando murió su padre; y si a esto añadimos que los últimos años de su vida, debido a su edad y a su enfermedad, no fueron muy lúcidos, lo poco que queda en mi memoria son eso: recuerdos de un niño que hablaba con su abuela como tal, y ésta le contaba algunas cosas de su padre: que a veces era alegre, simpático y familiar, y otras aparecía introvertido y de genio fuerte. Pero lo que sí repetía continuamente, es que su padre fue un hombre desprendido, espléndido, de corazón abierto, desinteresado y, sobre todo, dado a los demás. No había quien acudiera a él, que volviera defraudado. Recuerdo una frase que decía: «En mi casa entraba el dinero a espuestas y a espuestas salía». Siempre trabajando en la música, siempre componiendo obras, que en la mayoría de las ocasiones se interpretaban en conciertos benéficos.

En cuanto a su música, ¿qué puedo decir yo que no se haya dicho ya? Su música la veo fluida, fácil y a la vez difícil, pegadiza y hermosa al mismo tiempo; a veces alegre y otras melancólica, tranquila y tumultuosa: como fue su vida.

Su alma andaluz se quedó plasmada en ella. Pero su obra no queda sólo en lo andaluz sino que abarca tantos estilos, tantas formas, tanta riqueza de matices, que eleva lo popular a la categoría de sinfónico; que traspasando fronteras regionales, se coloca en el ámbito, no ya de la buena música española, sino universal. Y, sobre todo, la música del abuelo, como

en el lenguaje coloquial de la familia decimos cuando nos referimos a ella, es genuina y personalísima del «Maestro Lucena».

Lástima que muriera tan joven. ¿Cuál no hubiera sido su obra si su vida hubiera tenido una duración siquiera de la media normal? Ni le dio tiempo a terminarla, y creo que ni a enseñar a interpretarla medianamente en cuanto a cómo él la sentía. Recuerdo a este respecto una anécdota que me contaba mi abuela: Una vez había terminado sus estudios de piano, se estudió y preparó concienzudamente una versión para piano de la «Célebra Pavana», que su padre había hecho para ella. Un buen día se «atrevió», decía ella, a tocarla para su padre, y cuando lo hizo (perfectamente, según ella), le dijo: «Papá, ¿qué te ha parecido?; a lo que él contestó: «No conozco el autor».

Así de exigente era con su música, así de peculiar su sensibilidad; y así de difícil será, creo yo, llegar a interpretar fielmente lo que el maestro quería expresar en el pentagrama.

Se cumplen ahora cien años de su muerte; en su tumba quedó, junto con su cuerpo, su creatividad irrepetible e inimitable, pero no su música, que sigue y seguirá viva mientras en la gente haya un mínimo de sensibilidad ante la belleza del sonido armónico. Tampoco quedó enterrado su espíritu musical en el alma de los que por sus venas circula su sangre, en su descendencia, a la que me honro en pertenecer.

Estas son mis impresiones personales sobre su persona y su obra. Obra que, por otra parte, no creo haya sido adecuadamente divulgada, ni promocionada. A veces me da pena, y hasta cierta rabia, ver el trabajo que cuesta encontrar en Córdoba, la Córdoba de Eduardo Lucena, un disco o un cassette con música del maestro —y, si se encuentra, que sea de mediana calidad—; lo difícil que resulta escuchar en la radio o en la televisión, e incluso en conciertos, alguna de sus composiciones.

Es de elogiar la labor que a lo largo de los años ha desarrollado el Real Centro Filarmonico en este sentido; pero, ¿y los demás?

Al celebrar ahora el primer centenario de su muerte, creo que el mejor homenaje sería la promoción y divulgación de su obra. Esta celebración quedaría un tanto efímera y sin sentido si sólo se reduce a una serie de actos, muy emotivos, solemnes y espectaculares si se quiere, pero pobres si queda sólo en eso.

RECUERDOS DE JUVENTUD

En un destacado lugar del salón de mi casa en Madrid, hay colocado un pergamino enmarcado en un precioso y valiosísimo cordobán (creo que se llama así) de madera con incrustaciones de oro, en un trabajo manual de auténtica maravillosa filigrana, cuyo texto dice así: «El Real Centro Filarmónico de Córdoba Eduardo Lucena» acordó por unanimidad en la asamblea celebrada el día 9 de octubre de 1980 nombrar SOCIO DE HONOR al eminente tenor cordobés de Bujalance Don Pedro Lavirgen Gil por sus relevantes méritos artísticos y asidua colaboración con esta ciudad. Córdoba, 8 de diciembre de 1980. El Presidente: Rafael Campanero. El Secretario: Pablo Somoza.

Con motivo de la entrega de este pergamino, se celebró en el Gran Teatro un concierto con orquesta, dirigida por el Maestro Cea y el coro del Real Centro Filarmónico, dirigido por Don Carlos Hacar. Este fue mi primer contacto directo con esa noble y veterana institución musical.

Todos los artistas, ya veteranos, atesoramos en nuestras casas bastantes muestras de nuestra vivencia artística, en forma de galardones, premios, y distinciones de variado tipo. No soy yo una excepción; y los poseo en número bastante halagador. Pues bien, afirmo de corazón, que uno de los más preciados para mí, es precisamente ese maravilloso nombramiento de Socio de Honor del Real Centro Filarmónico de Córdoba, de mítico recuerdo en mi primera juventud. Sí, porque si llevo mis recuerdos hacia los últimos años cuarenta y primeros cincuenta, no olvido que las peticiones de los oyentes en Radio Córdoba (creo que se llamaba EAJ 24; yo era muy aficionado a la radio), en gran número, eran para interpretaciones del Real Centro Filarmónico, que se podían encontrar en discos duros de pizarra, grabados quizá en los años treinta.

De manera que, desde estas líneas, manifiesto mi más ferviente admiración y afecto a esa ejemplar asociación musical, quizá una de las más antiguas de España, si tenemos en cuenta que es centenaria, y que, sólo con el paréntesis de la guerra civil, ha tenido siempre una total continuidad a pesar de los avatares que ha de salvar siempre una agrupación de carácter aficionado. Me complace en hacer referencia a quien, a partir de los primeros sesenta, se hizo cargo de ese estupendo coro y lo dirigió durante veintiún años, llevándolo a niveles artísticos poco comunes en una coral de esas características, no profesionales. Me refiero a Don Carlos Hacar Montero, quien puso a su servicio sus elevadas dotes de músico, de musicólogo y catedrático de Canto.

CENTENARIO SIN SEDE

El centenario Centro Filarmónico «Eduardo Lucena» ha llevado una vida bastante nó-mada, pues ha conocido numerosas sedes sociales, propias y prestadas. La más duradera y estable ha sido la de la calle Ambrosio de Morales, 15, que abandonó en 1984 por amenazar ruina. Poco tiempo después adquirió el inmueble la Junta de Andalucía, que a través de la Consejería de Obras Públicas emprendió su rehabilitación, según proyecto del arquitecto Sanz Cabrera, con un presupuesto inicial de 168 millones de pesetas. Es una lástima que las obras se paralizasen hace algún tiempo por probables motivos económicos, pues si hubiesen continuado podría haberse inaugurado la remozada sede en fecha tan oportuna como el centenario natal de Eduardo Lucena. Pero se ha perdido tal oportunidad. La efemérides sorprende al edificio con la triste huella de la paralización reflejada en su fachada: el paramento a medio revocar; los balcones apuntalados con vigas de madera, como muletas para sostener la decrepitud...

Desde que el Centro Filarmónico se viera obligado a abandonar su histórica sede alquilada, carece de domicilio social en el que custodiar sus pertenencias y archivos, e inasequible al desaliento, lleva a cabo sus ensayos regulares en locales prestados por la caridad pública, que sucesivamente han sido, en los últimos años, la sede de la Real Academia de Córdoba, en la misma calle Ambrosio de Morales, el Club Santuario, ocasionalmente el patio del edificio municipal de Gran Capitán esquina a Góngora, y el antiguo palacio de los Muñices, en la calle del mismo nombre, hoy colegio público, donde continúa.

Los cambios y provisionalidad de sedes que caracterizan la última etapa del Centro, marcaron también las décadas posteriores a su primer nacimiento, que data de 1878, en que fue fundado por el músico y compositor Eduardo Lucena, instalándose en unas dependencias alquiladas de la actual calle García Lovera; aquella primera sede debió ser una mera habitación, ya que poco tiempo después la agrupación se traslada a un local más amplio del café teatro del Recreo, en la cercana calle Arco Real, hoy María Cristina, donde «se celebraban brillantísimas veladas literario-musicales» al decir de Ricardo de Montis, quien en sus nostálgicas Notas Cordobesas recuerda algunas de las bromas gastadas por Eduardo Lucena al forastero que visitaba la casa: lo entraba por una puerta, lo sacaba por otra, «daba con él la vuelta por un corredor y lo entraba de nuevo en el mismo local diciéndole: «Este es otro salón para ensayos»; si el forastero no se escamaba, su acompañante repetía la suerte hasta tres y cuatro veces». Aquel café teatro del recuerdo se hallaba en el edificio que había sido casa matriz de los Argote, y sucumbió hacia 1910, al abrirse la nueva calle Claudio Marcelo.

Tras la temprana muerte de Lucena, en 1893, su discípulo José Molina León reunió a algunos componentes de la famosa estudiantina del músico —la mejor de cuantas se han organizado en Córdoba», según Montis— e instaló su sede en una habitación de la calle Azonaicas. Vendida esta casa, se trasladó a una taberna existente en el Portillo.



*El Centro Filarmónico
en la sede de la calle
Ambrosio de Morales.*

Cuando en 1902 se refundó el Centro Filarmónico —que a partir de entonces ostentó el nombre de Eduardo Lucena—, la reunión fundacional se celebró en el café Suizo existente por entonces en la casa natal de Ambrosio de Morales, en la calle de igual nombre; casa que ha conocido usos tan diversos como notables, entre otros, sede del Ayuntamiento, café y fonda Rizzi, café Suizo Viejo, oficina del Monte de Piedad y sede de la Real Academia de Córdoba.

Tuvo aquel Centro Filarmónico domicilios diversos y transitorios, reflejo del inestable espíritu bohemio de sus miembros, y entre ellos destaca el antiguo palacio de los Páez de Castillejo —hoy Museo Arqueológico Provincial—, donde se instaló en 1924. Cinco años después ocuparía el Centro la que habría de ser, durante más de medio siglo, una sede estable, como es la casa número 15 de la calle Ambrosio de Morales, donde, pese a los

altibajos registrados en su actividad, permaneció hasta 1984. Allí espera volver en un futuro próximo, una vez ultimadas las obras de remodelación que lleva a cabo en el edificio la Junta de Andalucía.

Tiene esta casa, o mejor dicho, su solar, curiosos antecedentes escénicos, pues allí estuvo el teatro Cómico construido en 1810 por Casimiro Cobo, que tras una irregular trayectoria —como consecuencia de la persecución que sufría el arte de Talía por parte de la Iglesia— fue adquirido en 1874 por el empresario Manuel García Lovera para edificar en el solar otro «más sólido y en mejores condiciones», que fue inaugurado en 1879 bajo el nombre de Teatro Principal. Curiosamente, dirigió sus obras el arquitecto Amadeo Rodríguez, el mismo autor del Gran Teatro, abierto seis años antes. Según la cronología establecida por Montis en sus Notas Cordobesas, corta vida tuvo aquel Teatro Principal, pues en 1892 fue destruido por un incendio, con lo que los cordobeses perdieron «uno de los lugares de reunión y de recreo» más agradables de la ciudad. La nueva normativa sobre ubicación de los teatros, que obligaba a edificarlos exentos o aislados de edificios, impidió a García Lovera reconstruirlo, y en el solar levantó «una hermosa casa con un amplio local para almacenes».

Según diversas fuentes y testimonios, en esa casa se instaló el Centro Filarmónico en 1929, en régimen de alquiler, hasta que la ruina del edificio le obligó a abandonarlo en 1984. Desde entonces —nueve años ya—, el Centro sueña con volver a su sede. ¡Qué buena conmemoración del centenario de Lucena hubiera sido para el Centro la inauguración de su casa rehabilitada! Pero las dificultades presupuestarias que motivaron la paralización de las obras no lo han permitido. Como todos los santos dice el refrán que tienen su octava, el Centro Filarmónico confía en que, aunque con alguna demora, pueda volver a su sede en plazo no muy dilatado. Será su mejor forma de celebrar, aunque con retraso, el centenario del preclaro músico cordobés.

LIRICA

POPULAR

CORDOBESA

Siempre es oportuno acordarse del músico cordobés cuyo nombre está incorporado al del Real Centro Filarmónico, cuya fundación como tal, tras las etapas de orquesta y de estudiantina, es posterior a la muerte de aquél, pero el centenario de ésta señala una ocasión irrepitible con dos finalidades esenciales: rememorar sus creaciones y establecer un hito para el porvenir. Y una cuestión planteada en varias ocasiones, nos lleva a elegir la primera en este recuerdo que nos proponemos dedicarle: ¿Existe la lírica cordobesa con entidad propia? Creemos firmemente que sí y vamos a tratar de probarlo.

Eduardo Lucena fue un compositor con estilo muy personal, cuya producción constituye un fondo musical exclusivo que, además, no existe en otras ciudades, ni parecido ni diferente. Como hemos conocido bastantes de estas ciudades, y vivido en algunas, profundizando en sus tradiciones, podemos afirmarlo. Repasando la lista de las creaciones de Eduardo Lucena, podemos hacer una relación, aunque sea muy generalizada, y fijándonos especialmente en las que pueden determinar el tema propuesto: «Aires andaluces» y «Popurri» de los mismos, pasacalles, carnavales (cuya entidad técnica equivale a la de los anteriores), barcarolas («Cruzando el lago»), pавanas (la «célebre»), una habanera, que sepamos, vases y varias jotas, aparte otras composiciones de distinta naturaleza.

Los nombres y el estilo de algunas de estas composiciones parecen indicar intenciones foráneas, pero no es así: las habaneras, por ejemplo, son salomas de la España meridional llevada a Cuba por nuestros marineros en la época colonial y devueltas después con ese otro nombre, igual que en Buenos Aires hay los llamados «tangos españoles»; y la jota, con la seguidilla, es un aire fundamental del folklore de toda España. El vals y la pavana, más antigua, son piezas europeas que se generalizaron muy extensamente, tomando carta de naturaleza, prácticamente, en todas partes.

Queda establecido pues, que la música de Eduardo Lucena es fundamentalmente localista y tiene su raíz en la misma Córdoba, con inspiración popular, alegre y sentimental, capaz de producir «remembranzas gratisimas y recuerdos imborrables como algo íntimo, cálido y atrayente», según se dice en el comentario sin firma del álbum de discos de pizarra que conservamos cuidadosamente.

Pero además, el Real Centro Filarmónico «Eduardo Lucena» ofrecía una combinación instrumental distinta a todo lo conocido: a una plantilla orquestal normal —violines, violas, violonchelos, clarinetes, oboes, flautas...— se unieron los instrumentos de pulso y plectro —bandurrias, laúdes y guitarras—, y, en algunas ocasiones, como los conciertos de salón, el contrabajo y el piano. Las panderetas añaden estilo carnavalesco en los desfiles callejeros.

FRANCISCO
MELGUIZO FERNANDEZ

Crítico musical

La sonoridad conjunta tenía pues, un color diferente que dotaba a la música interpretada de un carácter único que encantaba a quienes la escuchaban.

Esto fue lo que contribuyó a su éxito, dentro y fuera de Córdoba, y así podemos citar las actuaciones en Madrid, Lisboa, Oporto, Sevilla, Granada, Málaga, Cádiz, Barcelona, Reus, La Línea, Algeciras, Guadalajara, Tetuán, París y Londres, donde dio numerosos conciertos promovidos por la Comisaría Regia de Turismo. Aquellos públicos se veían gratamente sorprendidos por un complejo instrumental y una música que no se parecían a nada de lo que conocían, quedando naturalmente vinculados a Córdoba como factores del triunfo. La masa coral, exclusivamente masculina, completaba hasta cerca del centenar el número de ejecutantes, y las letras de las canciones, de excelentes poetas, más notables aún por el sentimiento cordobésista, confirmaban la existencia real de una lírica popular.

Todavía hay otra consideración importante en apoyo de nuestra tesis, valga la definición: Eduardo Lucena fue un creador de escuela, seguido después por otros compositores dignos también de nuestro recuerdo: Cipriano Martínez Rücker, músico de infinita delicadeza que, si con su «Capricho andaluz» enriqueció el repertorio instrumental, con sus «Noches de Córdoba» quedaba incorporado a la creación del estilo que estamos tratando de establecer; Molina León, López de Toro y, así, sucesivamente, hasta Ramón Medina que, natural de Guadalajara, fue cordobés de adopción y de inspiración, ampliando notablemente el censo de obras del mismo carácter. Viven todavía autores que insisten con acierto en la creación de obras del mismo carácter, con lo que se consigue configurar la especie y no darla por acabada.

Esto es lo más importante en nuestros días. Al cumplirse los cien años de la muerte de Eduardo Lucena, su música y la de sus seguidores constituyen sin ninguna duda, una lírica popular cordobesa que no podemos perder. El Real Centro Filarmónico, que ostenta el nombre del compositor, sigue existiendo, y si contara con las ayudas pertinentes podría renovar lo que, en otros tiempos, fue gloria de la ciudad. Creemos que, como nosotros, Córdoba lo espera así.

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR

Nunca podría imaginar Eduardo Lucena que su jota «A Málaga» iba a tener historia propia y llegar a ser la «comodin» entre las diversas que ya engrosaban el repertorio del primitivo Centro, como eran: «Carnaval del «80», «Los Remendados», «La Aparecida», (jota del 83), «Jota del 86», y «Las Mariposas» (jota del 90). Posiblemente antes de ésta —y basándonos en la numeración de sus respectivas carpetas en nuestro Archivo Musical— compone la jota «A Málaga», que pensaba incluir en el programa a interpretar en la ciudad hermana. «Estaban concluidos todos los detalles... ensayados primorosamente los coros y orquesta y casi señalada la fecha —nos dice Antonio Caballero Guadix en sus «Rutas Románticas»— y descontado el triunfo, cuando surgió lo inesperado, que impidió la realización de uno de los ideales más acariciados por el maestro en sus últimos años. La ruin envidia que tan cobardemente le hirió en sus días postreros, dio al traste con la excursión».

Decía la letra en esta primera versión de la jota:

I. A las bellas malagueñas / saludamos con amor; / y a cambio de una sonrisa / les damos el corazón. / Málaga querida, tierra de alegría / tus bellas mujeres no tienen igual. / Cantemos la jota con dulce armonía / a las bellas niñas que saben amar.

II. Por un beso de tu boca / diera yo la Catedral; / y al darte lo que no es mio / bien poco te vengo a dar. / Viva la alegría de la estudiantina / la que con sus trajes te viene a rondar. / Cantemos la jota con dulce armonía / a las bellas niñas que saben amar.

Malogrado pues, uno de los anhelos más fuertes de nuestro glorioso fundador, hubo que esperar hasta el 21 de agosto de 1907, unos quince años, para que el Real Centro Filarmónico «Eduardo Lucena» se presentase en el Teatro Cervantes, de Málaga, donde se interpretó «la lindísima jota «A Málaga», según refería el diario Unión Mercantil de aquella ciudad (28 de agosto).

A los componentes de la excursión se les tributó un cariñoso recibimiento; y de las manifestaciones de entusiasmo y aplauso que recibieron da buena cuenta Carlos Valverde en sus «Crónicas Malacitenas» del día siguiente.

De ellas entresacamos algunos versos: ...«Pero como dije antes, / vino la noche, y en ella / celebróse la más bella / función que he visto en «Cervantes». / Con su traje de estudiantes / El Real Centro Filarmónico / se presentó, y el armónico / concierto, apenas oyóse, / cautivo el público vióse / de aquel prodigio sinfónico / ...¡Qué gusto! ¡Qué afinación! / ¡Cuánto arte!, ¡Cuánta maestría! ... / El público contenía / hasta la respiración. / ...Vencisteis; ¡Bravo, paisanos! / Para aplaudir cual me toca, / frases faltan a mi boca / y consistencia a mis manos. / Los proverbios castellanos / en vuestro honor cambiaremos, / y en vez de decir: —«Veremos / los cordobeses nadar» ... / se dirá: «Van a tocar / los cordobeses: oïremos».

RICARDO MOYANO RUIZ

Miembro decano
del Centro Filarmónico

Pero retrocedamos un par de años. Fue precisamente en 1905, el día 24 de febrero, cuando se interpretaba por primera vez la jota aludida, en el concierto de despedida (antes de la gira a Portugal) celebrado en el Gran Teatro de Córdoba, «dedicado al Gremio de Orifices y Plateros de esta ciudad».

Registremos ahora la curiosa coincidencia de que el 6 de marzo de ese mismo año (diez días después de aquel concierto) se interpretan las dos jotas: «Córdoba saluda a Oporto» (la titulada «A Córdoba»), de Molina León, y «A Málaga», de E. Lucena, en el Palacio de Cristal de la ciudad lusitana.

Vuelve el 12 de marzo a repetirse la jota de Lucena en el Teatro D. Amelia, de Lisboa.

Ya, en 1910, nos encontramos con otros documentos que nos dan luz sobre el tema: uno de ellos es un «Repertorio de esta Sociedad», que incluye 38 obras de orquesta, 30 de coro y orquesta y 6 para orfeón. Entre las segundas, leemos: «A Málaga», jota de E. Lucena (en cuarto lugar), y «A Córdoba», jota de Molina León (en el octavo). Se trata, por tanto, de dos obras claramente distintas.

El 9 de febrero de ese mismo año, el Centro actúa en Jaén, reponiendo la jota «A Málaga», cantada con la letra de Antonio Nogueras con lo que —por primera vez— sirvió de comodín.

En 1911, y creo que con buen criterio, se le adapta a la jota en cuestión una letra más «universal», dijéramos, que encaja y sirve para cantarla en cualquier región española. Es la que sigue:

I. Bellas son las españolas / que tiene cada región; / mas como las de esta tierra / no tienen comparación. / Viva la alegría de la estudiantina / la que con sus trajes te viene a rondar. / Cantemos la jota con dulce armonía / a las bellas niñas que saben amar.

II. Por un beso de tu boca / diera yo la Catedral; / y al darte lo que no es mío / bien poco te vengo a dar». / Viva la alegría de la estudiantina... etc.

Cuando en el año 1915, el Centro hace su primera gira a Valencia, interpreta una jota «A Córdoba», con música de E. Lucena, según programa en Archivo; incurriéndose —pienso yo— en un error de título, puesto que el autor de la jota «A Córdoba» es José Molina León, estrenada el 4 de junio de 1904 en el Palacio de Carlos V, en la Alhambra de Granada. Curiosamente, este error por cambio de título se repite en las tres repeticiones que se hicieron de la jota «A Málaga», en la excursión a Marruecos en el Carnaval de 1928: Ceuta, Tetuán, y Dar-Riffien, donde la música de E. Lucena sirvió nuevamente de «comodín», con letra adaptada por el entonces presidente del Centro, don Antonio Ramírez, que decía así:

I. «De Córdoba la Sultana / tierra de flores y sol, / traemos cual rica ofrenda / nuestro ardiente corazón. / Ceuta, fiel vigía, / perla de los mares; / Tetuán la mora / con sus mudas calles. / Ejército heroico, / la brava Legión, / sois gala y orgullo / del nombre español.

II. Tienes, mujer africana, / en tus ojos dulce imán; / y en tu rostro la poesía / que inspira nuestro cantar. / De las andaluzas / eres fiel reflejo; / en tu piel morena / y negro tu pelo. / Y cuando se enciende / tu pecho en amor, / ninguna te iguala / en fuego y pasión».

En diciembre de este mismo año (1928), se hacen las primeras grabaciones en discos «Columbia», de 78 revoluciones p. m., figurando como primera pieza la jota «A Málaga», de Eduardo Lucena, por lo que podríamos decir que «volvieron las aguas a su cauce».

Tras un largo período se repite la historia: la jota en cuestión, con la música original del fundador, vuelve a figurar en programa del 10 de mayo de 1962 —tras la reorganización del Centro— en el «Gran Concierto de Presentación», con el «suplantador» título de «A Córdoba» (!); reiterándose el error dos días después en el Concierto de presentación a los socios, y en otros muchos más durante varios años.

Resulta inexplicable ese reiterado empeño en titular con el nombre de nuestra ciudad la jota «A Málaga» así «bautizada» por nuestro genial compositor al final de los «80» del pasado siglo. Y es que —a mi modesto entender— cuando Eduardo Lucena compuso la Jota del «83», no cabe duda que lo hizo pensando en Córdoba y sus encantos; en su ambiente y en su historia; en sus mujeres y flores... Esa pudo ser su Jota «A Córdoba»; pero por circunstancias que nosotros no podemos ni sospechar, esa jota —conocida sólo por el año en que vio la luz— se extravió (!) ...y al volverse a encontrar se rebautizó con el nombre de «La Aparecida». A su letra nos remitimos:

I. «Córdoba seductora / escucha la ardiente voz / del que tu cariño implora. / Fuiste Sultana hechicera...

II. «Entusiastas trovadores / de nuestra tierra cantamos... es nuestra Mezquita / muda admiración / ... etc.

Por otro lado, él ya había escrito una mazurca titulada «Córdoba» (El Disparate). Tal vez no quiso ser repetitivo en tal nominación... Murió en 1893... Aquella quedó como «La Aparecida», y al cabo de dos lustros, J. Molina León no encontró inconveniente alguno en titular «A Córdoba» la jota que dedicara a S. A. R. la Infanta Doña Isabel de Borbón en 1904.

Pero como «nunca es tarde si la dicha es buena», por estas fechas de 1993, año en que conmemoramos el Primer Centenario de la muerte de este insigne cordobés, se está llevando a cabo la grabación monográfica con algunas de sus obras, obrantes en nuestro Archivo, entre las que se incluye la ya nombrada jota «A Málaga», con lo que creemos queda ya reivindicado su título original.



*Actuación en
Tetuán, en 1928.*

D. Bartolomé Holanda, primer abadevado del Centro Filarmónico tras su reorganización en 1962, saliendo de la sede de Ambrosio de Morales, en la noche del 23 de octubre de ese año.



CORDOBA

Y EL

CENTRO

FILARMONICO

La historia de los pueblos no se escribe sólo con los grandes hechos políticos o las grandes gestas bélicas, ni tiene como protagonistas únicos a los personajes relevantes. No. La historia se ocupa de todo lo humano y de ahí que también sea una parte importante de la misma «la vida diaria», «lo cotidiano». Hoy los historiadores sentimos la necesidad de ir poco más allá en nuestro conocimiento histórico incorporando a nuestro saber aspectos tan importantes, que son parte esencial de la vida de los hombres, como la familia, la higiene, la alimentación, las diversiones, los gestos, el amor, los sentimientos, las creencias, los objetos, el ambiente que los rodea, la lengua, la cocina, las fiestas... y, en definitiva, todo aquello que se nos presenta a diario, que forma parte del vivir cotidiano. Y al hablar de Córdoba, en esa historia encontramos un protagonista de excepción, el Real Centro Filarmónico «Eduardo Lucena».

Esta institución es hoy una brillante realidad que tiene tras de sí una larga historia. Y al hacer su historia de más de cien años y al escudriñar su archivo me encuentro en primer lugar con un librito delicioso, «Rutas románticas», de Antonio Caballero Guadix, que lleva como subtítulo «Apuntes de historia del Real Centro Filarmónico cordobés E. Lucena» y que relata, con un entusiasmo no disimulado, la vida de esta institución hasta los años treinta. De este primer período de su historia destacaré en este artículo algunos aspectos concretos.

El fundador. Eduardo Lucena y Vallejo había nacido en 1849 y desde muy pequeño le encontramos actuando en la orquesta del Teatro Moratin tocando con maestría el violín que aprendió del maestro Monasterio. Fue notable compositor y profesor de armonía de la Escuela Provincial de Bellas Artes. Caballero hace vivos retratos tanto del fundador como de la Córdoba de la época. De aquél dice que era «músico eminente, inspiradísimo compositor, de largos bigotes caídos, negra crencha de pelo sobre la frente, ojos turbios y soñadores, aire distraído y místico». Y de la Córdoba de 1878, cuando nace el Centro, dice que «atravesaba por sus años más críticos, llevaba una existencia anodina y sólo se conocía porque viajaba su nombre en carteles de raso, con chaquetilla de caireles, pantalón ceñido, botas de charol, camisa de bullones y botonadura de oro y sombrero de torta neto cordobés, los semidoses de entonces, Guerrita y Lagartijo...».

Es Lucena el que nutre al Centro por el creado de piezas musicales, de las que «la Pavana» ha alcanzado merecida fama. A ella dice José Antonio Caballero («Homenaje a Eduardo Lucena» Córdoba, 1912), llevó Lucena su alma «que es decir jazmines y nardos, noches de ensueño, magnolias en flor, callejas bañadas de luna, rejas floridas, acordes de rondas..., esto es, hembras garridas, hombres hidalgos, amores, celos, dulzuras, quietud, poesía, arte, en una palabra».

Objetivos que se plantea el Centro Filarmónico. Tres fundamentales: fomentar en los cordobeses «el amor a la cultura», ayudar a la formación cultural y elevación moral del obrero y llevar el nombre de Córdoba con orgullo por doquier.

En efecto, el Centro aparece como Sociedad obrera. El cronista Rey Díaz escribe en 1930 que gracias a esta institución se había logrado que «los obreros cordobeses pertenecientes a tres generaciones se hagan cultos y profesen en el Divino Arte», y Antonio Ramírez recuerda haber «presenciado cómo esos modestos obreros cordobeses, agrupados bajo la atrayente bandera de su arte»...

No faltan referencias tampoco a las ayudas que el Centro dispensa con ocasión de desgracias o simplemente a los pobres, como el reparto de bonos de pan entre los pobres que realizó en la feria de otoño de 1903.

Promocionar Córdoba es también objetivo prioritario como recuerda Rey Díaz: «que el nombre de Córdoba, tan glorificado por plumas como por espadas... lo sea también por el arte de estos mozuelos de la estudiantina que lo han sabido llevar en triunfo por distintas regiones y lugares de España».

Su iter. A lo largo de los años el Centro Filarmónico ha ido haciendo realidad sus objetivos y ocupa sedes sociales diversas (en García Lovera, Arco Real...), y logra un nuevo impulso a partir de su constitución el 14 de noviembre de 1902 al aprobarse su Reglamento. Son nombres propios fundamentales en este «camino» de las primeras etapas: José Molina León, Tomás Garrido, José García Martínez, Jacobo Lestón, José Fernández Bordás, Armando la Calle, Pedro Gutiérrez...

Pero qué duda cabe que el Centro Filarmónico toma cuerpo gracias a su buen hacer interpretativo. Las obras de Lucena, Rücker, Molina León son las primeras que figuran en sus repertorios, pero a ellas se irán uniendo otras muchas. Sus actuaciones más celebradas fueron en principio aquellas que hacía no sólo en el Gran Teatro sino las que tenían lugar al aire libre durante las noches, sin previo aviso ni programa en las llamadas serenatas. Eran esperadas por los cordobeses las actuaciones del domingo de Piñata y fueron sonadas las serenatas que se dieron a personalidades que pasaron por Córdoba. Baste recordar la que se ofreció en 1911 en honor de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza —«matrimonio ayuntado por el amor y por el arte» dice el cronista—.

Tras la reorganización de 1902 el primer gran concierto se dio en el Círculo de la Amistad y el segundo en el Palacio de los Marqueses del Mérito. Pero a estos sucedieron otros muchos de gran éxito: Madrid (1904), donde ganaron el primer premio en el Concurso

del Retiro; Granada (1904), en el Palacio de Carlos V y en el Teatro Isabel la Católica; Oporto y Lisboa (1905-1906); Málaga (1905); Madrid y Sevilla (1909); Jaén-Cádiz (1910); Barcelona y Guadalajara (1912); Londres (1914); Marruecos (1928)... y multitud de intervenciones en pueblos de la provincia.

BENEFACTORES. Hay que señalar en primer lugar al Rey Alfonso XIII. En el primer viaje a Madrid en 1904 el Centro Filarmónico actuó el 16 de febrero ante la Familia Real en el Salón Gasparini de Palacio. El Rey se hizo socio y aceptó la presidencia honoraria. De aquel viaje el Centro trajo consigo lo de Real. Cinco años más tarde se entregó a Alfonso XIII el título de Presidente de Honor. Recoge así el cronista aquellas impresiones de la España convulsionada de 1909: «Si grandioso fue el viaje del año cuatro a la Corte, no menos resultó el de este año, valorado aún más por el optimismo de aquellos mozuelos de Córdoba que, cuando España entera ardía en odios y rebeliones y descastos, cuando la juventud en manadas seguía a los falsos demagogos, sembradores de discordias, se posternaban ante la Realeza, haciendo acto de adhesión, para llevar después los cascabeles consoladores de sus alegrías y de sus cantos a los ánimos conturbados, a los espíritus amedrentados por los funestos sucesos que en el horizonte político y militar se iban desarrollando en aquella sazón».

Y junto al Rey no faltaban ayudas de nobles y políticos: los marqueses del Mérito, los ministros cordobeses Antonio Barroso y José Sánchez Guerra, etcétera. Sin embargo al Centro le ha faltado siempre esa subvención segura que le permitiera elaborar planes de largo alcance.

El Real Centro Filarmónico «Eduardo Lucena» tiene su historia unida a la de Córdoba. Más aún, él es parte de la historia de Córdoba. Sus interpretaciones de Lucena, Martínez Rucker, Molina y más tarde de Ramón Medina, son la esencia misma de la música popular cordobesa. Música y cantos que retratan con gran acierto lo más bello de esta tierra: sus gentes, su gracia, sus tradiciones, sus mujeres.

ACTUALIDAD DE UNA MUSICA CENTENARIA

La música de Eduardo Lucena me es familiar desde que inicié los estudios musicales. Por entonces, no había ciudad andaluza que no contase, además de con banda municipal de música, con una o más rondallas, que en su repertorio incluyen, además de las obras más características del género, las piezas más populares del inspirado músico cordobés.

En los salones de muchas casas era frecuente la existencia de un piano vertical —aún adornado con los viejos candelabros metálicos, innecesarios ya por la llegada del fluido eléctrico—, cuyo sonido se alternaba con las conversaciones de asiduos amigos y familiares en las reuniones; lamentablemente, hace tanto tiempo desaparecidas.

En mis infantiles andaduras por los citados coliseos familiares, a los que era invitado, recuerdo que, junto a las composiciones del repertorio clásico —Albéniz, Granados, Mozart...— y las selecciones y romanzas de zarzuelas, óperas y operetas, eran muy solicitadas las de Eduardo Lucena, como la «Célebre Pavana», el «Popurrí de aires andaluces» o la barcarola «Cruzando el Jago»; piezas que siempre arrancaban aplausos dirigidos más a las excelencias de las obras que a su interpretación.

No podía imaginar que, años después, vendría a vivir a la ciudad cuna de Eduardo Lucena, y a desarrollar precisamente la misma labor pedagógica que, medio siglo antes, él impartiese en la Escuela de Bellas Artes, institución que dio origen al Conservatorio, hoy, Superior de Música de Córdoba.

Pero, no hay que alejarse en el tiempo para recordar mis interpretaciones de obras de Eduardo Lucena. A los pocos años de mi llegada a Córdoba, en el cuarteto que componíamos Manuel Bustos, Rafael Cant, Francisco Gómez, y que, evocando pequeños conjuntos orquestales de tiempos anteriores, formamos en el famoso Café «La Perla», interpretábamos un no menos nostálgico repertorio, cuyas partituras nos fueron facilitadas por la señora viuda de Aurelio Pérez Cantero, músico de tan grato recuerdo para los cordobeses y, especialmente, para el Real Centro Filarmónico que tantos años él dirigió.

Al cumplirse el centenario del fallecimiento de Eduardo Lucena, sería buena ocasión para airear algunas de las muchas obras que están cayendo en un lamentable olvido. El «Popurrí Fin de Fiesta», la «Danza para Coro y Orquesta», «Las Mariposas», y tantas otras; sin olvidar la «Sinfonía», que, aunque desconocida para mí, siempre será de un gran interés, por ser una forma musical, de estructura esencialmente clásica, no muy cultivada por él.

La música de Eduardo Lucena es fiel reflejo de la época romántica que le tocó vivir, y es de admirar por la sincera y franca espontaneidad de su línea melódica, causa de su fácil popularidad; pudiendo afirmar que, junto a Martínez Rucker y Ramón Medina, con personalidades muy acusadas y características cada uno de ellos, componen la trilogía de compositores cordobeses creadores indiscutibles de la peculiar lírica popular cordobesa.

Cien años después de la muerte de Eduardo Lucena, su música ha vencido al tiempo, sonando hoy con igual frescura y lozania que acabada de escribir. Su música, como el vino cordobés, a pesar de los años, no pierde su delicioso aroma.

JOAQUIN REYES CABRERA

Compositor



EL JEFE DE LA CASA DE
S. A. R. EL PRINCIPE DE ESPAÑA

Su Alteza Real el PRINCIPE DE ESPAÑA, accediendo al ofrecimiento que tan amablemente Le ha sido formulado, ha tenido a bien aceptar la

PRESIDENCIA DE HONOR

del REAL CENTRO FILARMONICO DE CORDOBA "Eduardo Lucena".

Lo que me complace comunicarle para su conocimiento y efectos.

LA ZARZUELA, 13 de septiembre 1972

EL JEFE DE LA CASA DE
S. A. R. EL PRINCIPE DE ESPAÑA



El Príncipe de España

SEÑOR PRESIDENTE DEL REAL CENTRO FILARMONICO
"Eduardo Lucena

CORDOBA



El Centro, Ayer y Hoy



CUADRO ARTISTICO

C O R O

SOPRANOS

Elvira Agudelo González
Ascensión Balsera Hiedra
Encarnita Benítez Torreras
Juana Claudet Machado
Palma Fernández Fernández
Laura Franco Casanova
Raquel Franco Casanova
Concepción Madrid Gavilán
Araceli de la Mata Sánchez
M.ª del Angel Rodríguez Lara
Ana María Ruiz Prieto
Rocío Serrano García
Victoria Serrano García
Gema Serrano Robustillo
Elena Summers
M.ª Carmen de la Virgen Chaparro

CONTRALTOS

Carmen Anguita Quesada
Concepción Cuevas L. de Guevara
M.ª Teresa Eguillor Hernández
Emilia Esquivel Hernández
Rosa Fonseca Gómez
Yara Jaén Fernández
Concepción Lucena Martón
Salud Moreno Sant-Matía
Inmaculada Palos Reyes
M.ª Rosario Pérez Muñoz
M.ª Carmen Portal Moreno
Encarnita Reyes Valero
María Sánchez Guillén
Carmen Soler Nieto
Rosario Soler Nieto
Elena Zurita de la Rosa

TENORES PRIMEROS

Francisco Cantillo Abán
Raimundo Caño Martínez
Rafael Castillo Merino
Francisco Cuadrado Narváez
Angel López Durán
Alfonso Muñoz Rodríguez
Rafael Palos Reyes
Rafael Valentín Casanova
Francisco Velasco Caballero

TENORES SEGUNDOS

Rafael Blázquez Cánovas
Juan Caparrós Urbano
José Cerezo Camacho
Rafael Holanda Triviño
Alfonso Ramiro Caballero
Manuel Rueda Cabrera
Rafael Ruz Rodríguez

BARITONOS

Rafael Alba Redondo
José Cañete Solanas
Miguel Angel Fernández Fernández
Rafael Fresco Ortega
Manuel López Haro
Luis López Peña
Rafael Martínez Segura
Rafael Palos Ibáñez
Cándido Serrano Saro

BAJOS

Angel García Castro
Rafael Mohedano Rodríguez
Manuel Ortega García
Manuel Rueda Vargas
Rafael Sánchez Ruz
Pablo Somoza Salcedo

BANDURRIAS PRIMERAS

Juan Caparrós Sánchez
Juan Díaz Aljama
David González Aragón
Mayte Jiménez Romera
Antonio Luque Segado
Guillermo Martínez Pelayo

BANDURRIAS SEGUNDAS

Josefa García Moreno
Elena García Rubio
Rafaela González Bravo
Rafael Morales González
Antonio Toledano Jaén

LAUDES PRIMEROS

Rafael González Ríos
Martín Jesús Jaén Rincón
Dolores Páez Domínguez

LAUDES SEGUNDOS

Pedro González Aragón
Rafael López Esquivel
Rafael Molina Rodríguez
Miguel Ángel Rodríguez Crespo

GUIARRAS

Ana María Díaz Claudet
Inmaculada Díaz Claudet
Beatriz Guerrero Sánchez
Francisco León Márquez
Pedro Lucena Jiménez
Juan Manuel Martínez Pelayo
Ricardo Moyano Ruiz
Vicente Orzáez Casado
María José Romero Robles
Pilar Tinoco Rentero

SOLISTAS

Tenores: Francisco Cuadrado-Rafael Palos-Alfonso Muñoz
Barítonos: Rafael Alba-Cándido Serrano
Bandurrias: Guillermo Martínez-Juan Caparrós
Lau-des: Rafael González-M.ª Jesús Jaén

DIRECCION CUADRO ARTISTICO

Maestro de Coro: Jesús Cea
Maestro de Rondalla: Juan Luis González
Pianista Repasador: Rosario Soler Nieto
Director: JESUS CEA SAMANIEGO

JUNTA
DIRECTIVA

PRESIDENTE DE HONOR

S. M. Don Juan Carlos I

PRESIDENTE

Juan Miguel Moreno Blanco

VICEPRESIDENTE

Rafael Blázquez Cánovas

SECRETARIO

Rafael Palos Ibáñez

VICESECRETARIO

Pedro Gallardo González

TESORERO

Eusebio Muñoz Pino

ARCHIVERO

José Ramón Obispo

VOCALES

Rafael Barroso García

Ricardo Moyano Ruiz

Juan Miguel Moreno Calderón



Concesión de la Medalla de Oro de la Ciudad, en 1987. Varios miembros del Centro Filarmónico junto al alcalde, Herminio Trigo.

A MI DISTINGUIDO AMIGO
 D. BENITO ALCINA
PAVANA
 PARA PIANO.
 POR
 EDUARDO LUCENA

Propiedad de
 CASA
 de Edición y Música de
 JUAN P. FARIAS,
 81, San Juan P.R.
 No. Op. 8. P.m.

EL REAL CENTRO FILARMÓNICO DE CORDOBA
-EDUARDO LUCENA- AGRADECE AL
AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
(DEPARTAMENTO DE CULTURA Y EDUCACION)
LA COEDICION DE ESTA PUBLICACION CONMEMORATIVA
DEL CENTENARIO DE LA MUERTE
DE EDUARDO LUCENA

© Ayuntamiento de Córdoba
(Dpto. de Cultura y Educación) y
Real Centro Filarmónico «Eduardo Lucena»

Fotografías:

Archivos del Real Centro Filarmónico, Diario «Córdoba»
y D. José Ramón Obispo.

Ilustración portada:

Reproducción de la medalla conmemorativa,
obra de D. Rafael León Molina

Composición e impresión:

Imprenta San Pablo, S.L. - Córdoba
Sor Angela de la Cruz, 12 - Telf. 28 33 06
Depósito Legal: CO. 229/1993



AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Departamento de Cultura y Educación